

# *Binitilú Guidxilayú* o El día que el mundo perdió su rostro

JOSUE DANTE VELAZQUEZ  
seminarios\_universidad@hotmail.com  
Independiente

## I.

Asoma el rostro a la calle y lo descubro con los párpados hinchados, su carita lagañosa. Sonriente, mira a su derecha y nada encuentra; ahora a su izquierda y da con su mascota, un cachorrito que de inmediato se abalanza sobre él. Se acarician –o eso parece; que el perro también lo acaricia–. Miro el reloj, ya son las ocho de la mañana y Juchitán despierta haciéndole frente a la secuela que dejó el sismo del 7 de septiembre con magnitud de 8.2. El sol es radiante, pero el calificativo de este día reprueba *de facto*; lo único bello es la escena del niño con cachorro. No hay un solo espacio que no convoque a la empatía del cronista.

En cada cuadra hay al menos una casa colapsada pero también hay, en el peor de los casos, al menos una casa que resistió y se mantiene en pie mientras el resto es escombros vomitado sobre la calle. Entonces lo veo, parece que ha llorado mucho y por eso tiene los ojos hinchados. También puede ser que la hinchazón responda a que recién ha despertado y no esperó a lavarse la carita antes de ir a jugar con el cachorro que lo acaricia. No me acerco, no lo conozco. Yo voy de paso, quiero hacer el reconocimiento de una ciudad que los expertos han llamado *zona de desastre*.

“Mi esposa se quedó abajo con mis hijas”, dice Vicente (un vecino de La Populosa, en el sur de *Ciudad temblor*) “yo me subí porque tenía que ir a trabajar al otro día. De repente se empezó a mover todo y cuando quise bajar ya no pude, los escombros taparon la escalera”, externa. Creo ver el miedo en la narración de sus recuerdos, “pues entonces me senté en el balcón a esperar a que

dejara de temblar, aunque lo único que quería era despedirme de mis hijas. . . pensé que ya me iba a morir”, concluye con los ojos aguados.

Como la de Vicente, hay cientos de historias que pululan por los campamentos, las cocinas comunitarias, las guardias nocturnas y los recovecos que llevan a lugares que de verlos causan miedo. Por ejemplo ahí, esa familia en completo desamparo intentando protegerse de la lluvia *macondiana* del trópico istmeño: ella –la que parece ser la abuela– tiene en su mano derecha una cuchara que entierra directamente en la lata de atún que sostiene con la mano izquierda. Come lentamente mientras ellos –los que parecen ser los nietos– luchan contra el poderoso viento que lanza sábanas de aguacero. Ella no se inmota, sigue comiendo, y ellos casi se dan por vencidos, no pueden contra la naturaleza. Amarran una esquina de la lona y la otra ya se ha desamarrado. Ahora son los nietos derrotados, prefieren replegarse hacia la banqueta y han abandonado a la intemperie lo poco que rescataron de los escombros. Pero la abuela no, ella resiste; en medio de la lluvia sigue sentada con el cuerpo empapado y con las piernas hundidas entre las aguas sucias que inundan las calles de Juchitán.

A mí, mientras tanto, me viene a la cabeza la siguiente pregunta: ¿hacia dónde se huye cuando se han agotado todas las trincheras en medio del desastre? Quizá resta la resignación, justo eso; el desamparo.

Acudo al auxilio pero ya es demasiado tarde, “ya para qué”, dicen y yo lo repito para mí mismo: ya para qué, si la dignidad, ese fantasma alegórico que es tan endeble y se destruye en caso de terremoto, ha besado el piso junto con la mitad de las casas de la ciudad. Ella –la abuela, como decía–, me mira con total indiferencia, tal vez hasta con desprecio, como si yo no existiera, como si yo fuera el mueble quebrado que tanto atesoró por años y que ahora envejece de manera acelerada con el azote de la lluvia.

“Venga, venga a ver cómo quedó mi casa”, me dice un señor en el callejón Albino Jiménez. Siento que me jala del chaleco pero no pongo resistencia. El techo de su casa se ha venido abajo, una gran grieta parte en dos la pared central y por razones de hipersensibilidad –ésa que ofrece el miedo extremo– logro escuchar el tronar de los murillos de madera y tengo ganas de salir corriendo, de resguardarme en un lugar seguro, pero él quiere seguir mostrándome el desastre que ha quedado y yo acepto. Dice que ha recibido el apoyo de sus vecinos, de las brigadas de rescate, de los que lo ven sentado en la bocacalle sin mayor esperanza de que alguien pase y le regale una bolsa con despensas. El resto de los habitantes de esta calleja viven las mismas carencias; no tienen dónde dormir, por ejemplo, y aunque podrían hacerlo afuera de lo que un día fueron sus casas, el estrecho camino está invadido por toneladas de escombros.

Si uno aguza los sentidos, se percatará de una polvareda en el ambiente que, según ellos mismos, “puede causar cáncer a los niños más pequeños”.

“Yo soy madre soltera y ahora no tengo casa”, me externa preocupada una joven en el callejón que está hecho pedazos, “todas mis cosas se perdieron. . . mi ropa, la ropa de mi hijo, mis papeles, el acta de mi hijo. . . todo es *que lo hemos perdido*”, sigue diciendo con un dejo de rabia. Y me lo dice a mí porque junto con Francisco Ramos –un joven fotoperiodista dispuesto a colarse por los recovecos de las historias– fuimos a ver para luego contar. Entre el registro en mi bitácora y sus disparos de cámara hacia la evidencia de la desgracia, los vecinos se acercaron a nosotros para lanzar sus reclamos, sus angustias, sus necesidades.

Nos tocaba contar la historia.

## II.

El cronista –este yo que ronda Juchitán con grabadora y bitácora de viaje en mano– abandona las calles y se mete a los callejones, y en ellos descubre las veredas y se da cuenta que por ahí también se movió el lomo de la Tierra.

Na’ Flor se llama la tía de mi amigo Rodrigo Lólo. Se trata de una mujer que pasa de los cincuenta años y que estuvo por lo menos dos horas bajo los escombros de lo que fue su casa. “Escuché cómo sonó la Tierra; entonces sabía que venía el temblor”, dice en zapoteco, su lengua madre, “fui por mi mamá porque ya no camina rápido; ahí fue donde ¡*brooom!* sonó mi casa y ya no pudimos salir. En esa esquina nos encontraron”, concluye mientras señala un pequeño espacio lleno de gruesas maderas y vidrios rotos. La entrevisto mientras Ramos graba un video que Lólo enviará a su colegas de la ENAH, quienes han decidido colaborar en la reconstrucción de la casa de Na’ Flor.

El espacio desocupado no es grande, quizá unos treinta o cuarenta metros cuadrados, “chiquito pero era mi casa, *xha papá*”, me dice como quien dice “hijo mío” al final de la frase. Descubro que era de color azul en pequeños trozos de pared mezclado con el anaranjado de la puerta de madera y con el gris del piso de concreto pulido por los años de caminar sobre él –;quizá ésa era la esquina de su dormitorio?-. Ella viste con una enagua del mismo color, azul, pero se trata de un azul marino estampado con unos tulipanes rojos descoloridos; su huipil con fondo blanco tiene sobrepuestos unos delgados listones de color rojo.

“Yo ya me estaba durmiendo y de repente comenzó a moverse la Tierra”, explica, “tardé en levantarme porque pensé que iba a pasar pero cuando vi que seguía le grité a mi mamá que estaba temblando”. Na’ Flor no muestra signos de estrés postraumático; se ve jovial y dice que está agradecida con Dios porque le ha permitido seguir viviendo. Le pregunto en zapoteco si ha recibido

ayuda del gobierno y dice que no, “nos han traído despensa pero no el gobierno, más bien los vecinos y los muchachos que andan en las calles repartiendo”, dice, pero no reclama.

El presidente de la república, Enrique Peña Nieto, ya estuvo en Juchitán. El gobernador del estado, Alejandro Murat, estuvo con él y, junto con la presidenta municipal Gloria Sánchez, caminaron por las calles de la ciudad para hacer un reconocimiento del desastre. El ejecutivo federal prometió ayuda inmediata –envió a sus empleados–, el ejecutivo estatal prometió que se quedaría en la ciudad hasta el último momento –nunca dijo a qué momento se refería, va y vuelve–, la alcaldesa se quedó sin palacio municipal y con una limitada participación en el plan de rescate que los medios han criticado duramente. La han acusado por robo de víveres y por ser corrupta, indiferente e insensible. Si bien nada se ha probado (porque tampoco nadie dice esta boca es mía) ella sigue ahí, buscando espacios de participación institucional y parece no tener éxito. No la dejan, o más bien, ya es demasiado tarde.

Dicen que si uno va a Oaxaca y levanta una piedra, debajo de ella encuentra a alguien dispuesto a dar la vida por su pueblo. Pareciera ser cierta la sentencia. En esta ciudad con alma de pueblo, a los niños se les envía a tomar clases de danza, canto o música. También los padres los envían a los talleres de barrio a tejer huipiles, a confeccionar hamacas o a hacer guaraches. Con esa linda pereza –que sólo en la niñez es linda– van a la escuela para aprender a escribir y a protestar. Algunos caminan hasta tres horas para llegar. Es así como se forman en tres sentidos; son artistas, artesanos y la escuela no los espanta.

Esta misma gente de inmediato limitó la participación de las instituciones, antes de que éstas se pronunciaran ya había más de cuarenta cocinas comunitarias que comenzaron a alimentar a cientos de personas que siguen viviendo en las calles. Campamentos que resguardaban a centenares de familias, guardias nocturnas que protegían a los damnificados, brigadas psicológicas y médicas que iban de colonia en colonia ofreciendo atención profesional, colectivos de jóvenes artistas que además de ofrecerles víveres les cantaban, les bailaban y les preguntaban lo que el gobierno nunca les preguntó: ¿en qué más podemos ayudarlos?

Después vino la ayuda nacional, a la que siguió la internacional. La fama, la lástima. Todas juntas llegaron y comenzaron a pasearse por las calles. Luego las luces, los reporteros, los conductores de televisión y los mentirosos de academia. No faltaron los científicos, los que hasta hoy no han logrado convencer a los habitantes de Juchitán de la razón de las más de ocho mil réplicas. Llegaron también los blancos de alta estatura tomando fotos a los morenos de baja estatura. Llegaron rodeando al secretario de educación Aurelio Nuño para derribar el Centro Escolar Juchitán; más tarde arribó el otro secretario, el del socavón,

Gerardo Ruiz Esparza, para repetir que el presidente Enrique Peña Nieto le había encargado mucho la ciudad de Juchitán. Llegaron todos y prometieron que harían lo que estuviera en sus manos para que Juchitán saliera de la desgracia.

“Dicen que me desmayé, por eso no recuerdo nada”, cuenta Josué, al que las televisoras llamaron el niño milagro del temblor, “ayer vinieron los de TV Azteca pero les dije que ya no quiero hablar, ya me aburrió, *puro* lo mismo lo mismo quieren que les diga”, se queja y decide ponerse de pie para ir a jugar con sus primos que están a un costado del campamento Las Tres Cruces, aquí en La Populosa. Uno de sus tíos me cuenta que la noche del terremoto no alcanzó a salir de la casa, al parecer una parte de la cocina se le vino encima y quedó atrapado entre los escombros. Doce, veinticuatro y treinta y seis horas son las que se supone que estuvo sepultado; las horas fueron disminuyendo junto con el impacto de la noticia a nivel nacional e internacional. ¿Por qué? Porque aparecieron nuevos “niños milagro” por las redes sociales y los canales de televisión se fueron olvidando de Josué.

Josué no es el único desplazado a segundo plano, a Juchitán le tocó cuando la emergencia surgió en la Ciudad de México tras un simulacro de aniversario en *la fecha de casualidad*; una prueba real con resultados desastrosos. Fue asombrosa la reactivación de la urbe mayor, un increíble el retorno a la vida cotidiana. Mientras tanto, aquí en La Populosa aún no se puede, le correrá el viento al calendario de pared antes de que eso suceda. El nivel de devastación tocará describirlo para entenderlo. Una semana después, la bestia subterránea decidió volver al Istmo de Tehuantepec y mover su lomo de Tierra para terminar su asignatura pendiente: cuadras completas desaparecieron, familias enteras decidieron abandonar la ciudad mientras otras llevan ya más de mes y medio durmiendo en las calles, la economía local en picada, las grandes tiendas colapsaron y muchos se quedaron sin trabajo. La dependencia a la ayuda –el cronista teme decir en breve que ahora se trata de caridad– se volvió ese hilo delgado que nadie quiere tirar de más para que no termine de reventarse.

### III.

En zapoteco gritan “se está haciendo el temblor” como quien advierte –también gritando– que “está temblando”. Debe ser que aquí en Juchitán, y quizá más en La Populosa, el mundo fue construido en lengua madre; el verbo materno nombra y así las cosas comienzan a aparecer. “Cuando salí *es que* vi que el mundo había perdido su rostro”, dice *Na’ Mariá* –así suena María cuando se dice en zapoteco–, “*todo* mis trastes se cayeron *xha papá*”, agrega sonriendo porque “llorar ya para qué, mi’jo, mejor doy gracias a diosito que me dejó vivir otro poco”, agrega con una tranquilidad inexplicable para el cronista.

Axel Amauri escuchaba los gritos de *Na' Mariá* y recuerda cómo ella pedía auxilio: “¡vengan a sacarme, vengan a sacarme de aquí!”. “Yo quería ir, Afonso, te lo juro *biche'*, pero estaba temblando bien feo y no quería dejar a mi mamá solita con mi hermana”, dice Axel para justificar los dos minutos con diez segundos que tuvo que esperar para ir al rescate de su vecina.

“Afonso, tú me conoces. . . yo te conozco desde que eras un niño que corría por el barrio, sabes que yo soy muy valiente”, me dice una vecina, “nada me da miedo, Afonsito, pero es que este temblor no lo había visto nunca. . . ahora sí sentí miedo”, externa para explicar su llanto y el abrazo que lanza contra mí, yo respondo al gesto. Como ella, hay otras vecinas que quieren contarme su historia, una dice en voz alta a las demás que soy “el hijo de la señora, el que escribe libros”. Las escucho atento y todo es desolación; todas estuvieron a punto de morir, de ser los personajes mudos de esta crónica.

El barrio es ahora la mitad de lo que fue. La casa de la viuda del general Pascual ha desaparecido y en su lugar hay un descampado ocupado por el imaginario, de lo que hubo; quedan mojoneras que parecen gritar desde su soledad “aquí estuvo el límite de una casa grande”.

El terremoto dejó ver lo mejor y lo peor de los habitantes de Juchitán; hay quienes ayudan a construir *yurtas* y quienes hurtan lo poco que les quedó a los refugiados. Pero hay algo más que dejó ver el terremoto –cuando digo terremoto quiero decir ese molesto movimiento frenético y estrepitoso del lomo de la Tierra–, algo que dejó al descubierto; se trata del interior de la casa, de ese otro lado que sólo los habitantes del cantón conocían. La esquina del jardín interior, el patio con tulipanes que inspiran huipiles, la albahaca para la rameada con alcohol mezclado con alcanfor, ese sitio en el que la mesa central esperaba a los que despedían el año con brindis y promesas.

Sí, la desnudez humana es mayor sin una casa que cubra los secretos sobre los que reposa la valentía. Le llaman corredor a ese espacio –a veces es grande, a veces es pequeño–, ese sitio singular en cada hogar pero constante en las familias juchitecas. Ahí está el tanque de agua para lavar la ropa, el árbol para cortar almendras y después salarlas y enchilarlas, la hamaca de la más vieja de la casa, los juguetes del pequeño de la casa. Es el corredor y justo hacia él corrieron todos porque todo crujía, porque nada se sostenía en pie, porque estaba temblando.

“Yo le dije a tu mamá que estaba temblando”, cuenta mi padre, “me dijo sí, que lo estaba sintiendo pero que esperaríamos un rato, que quizá pasaba pero al contrario, hijo, de pronto la Tierra comenzó a tronar y no sabes lo que siguió”, hace una pequeña pausa para contener el llanto, “cuando quisimos ir hacia el jardín ya no pudimos, el temblor nos tiró al piso y de pronto ya estábamos

acostados sin poder levantarnos. Tu mamá comenzó a rezar y pues yo miraba al techo, al menos para ver a qué hora se nos venía aquello encima”. No lo dejo continuar y lo abrazo, le externo mis sentimientos de impotencia por no haber estado con ellos en ese momento.

“Cuando pasó todo, salimos al jardín y nos seguimos hasta donde estaban los vecino en la calle. No, no, no, si tú vieras el ambiente, hijo, todo estaba lleno de polvo. Luego se fue la luz, cuando alguien encendía una lámpara podías ver el tubo de polvo. Gente llorando, tosiendo, niños gritando. Quien llamaba a su hijo y que no respondía, quién estaba llorando porque no encontraba a su familiar, quien pasaba corriendo porque le dijeron que la casa de sus papás se cayó y no alcanzaron a salir. . .”, otro silencio y continúa “vino Pancho y Nelson Guerra, nos preguntaron cómo estábamos, si necesitábamos algo. Dijeron que tú les pediste que vinieran a vernos”, afirmé con la cabeza y él siguió, “las sirenas comenzaron a sonar y Maura veía en su celular y nos decía que estaban encontrando a gente muerta bajo los escombros. Tu mamá estaba llorando y yo lo que quería era que se calmara. Que todo iba a estar bien, pero no, hijo, no estaba bien, porque al otro día, ya con luz y sin tanto polvo. . .”.

Juchitán, Oaxaca, 2017